

Notas sobre Rafael Landívar...

(Viene de la página primera)

mejor sus traducciones. Me aseguraron que hay de ellas excelentes. ¡Y yo que no creo ni en los sinónimos! Luego mis juicios están mal fundados desde el principio. Y no hay remedio.

No seré yo quien repita una vez más la opinión del gran don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sobrará quien lo haga... Y creo que la conocemos... Los comentaristas del poeta se han limitado a girar dócilmente en torno al juicio del memorable crítico. Quedó Landívar inamovible para nuestros tímidos comentaristas. ¿Qué dice don Marcelino del Arcipreste? En toda una Historia de las Ideas Estéticas ¿no juzga a Coleridge en media página? Y aquel "pobre John Keats" ¿no es acaso de los más grandes poetas modernos, no sólo de Inglaterra sino de Europa? Nuestros comentaristas... Pero ¡si no los hay! A un poeta como Landívar, o, simplemente, a un poeta, cómo debe ofenderle la admiración sin reserva, sin ataque, la victoria fácil, inútil, obvia...

"Me cansa—me dice Miguel Angel Asturias, "pero me gusta". Yo también siento ese cansancio y deseo explicármelo. Mi amigo ve el origen de su cansancio en la Retórica y me habla a ese propósito de San Jorge y el Dragón. Pero sin duda hay muchas otras causas más importantes en la ocasión que la primaria apuntada por mi compañero. Desde luego, cuando vencida se duerme la bestia a los pies del héroe, es cuando despierta la Gracia. Y durante el combate ¿hasta el lector siente ganas de dormir!... Y la emprendo contra el traductor. El poeta luchó contra su dragón. Y el traductor (sin tener la mente del poeta, sus designios secretos, ocultos, que el poeta mismo siente sin explicárselos, abatida su razón por lo maravilloso) lucha con el dragón del poeta y con su propio dragón. Elimino el problema de la traducción: no se podría seguir adelante. La fatiga me prueba: que siento mal el poema o que no me deleita. Observo que la fatiga me viene después de lectura prolongada. Recuerdo algunas fábulas de La Fontaine: tan nobles, tan perfectas, tan cansadas... Perfección mantenida, intensidad mantenida que resbala, sola, a sensación de monotonía. Preocupación de Landívar por la parte formal. Nuestra literatura de la Colonia era prolongación de la literatura de la península. La literatura de la península se bastaba plenamente en ideas, formas... Landívar cantó nuestra tierra, nuestra vida, como sólo él las ha cantado. Como un gran poeta. El refinamiento de Landívar lo situaba poéticamente en el plano de los grandes peninsulares de su época. Y, como era americano, no podía interesarles sino hasta cierto punto... Ese criterio prevalece. Europa se decide al libro americano por particular curiosidad, por lo exótico, por lo pintoresco. La cursilería de novelas y cuentos regionales ha sido vencida en muy raros libros,

en aquellos en que la intemperancia del color local, tan amada de los ramplones, es apenas pretexto y casi invisible como la elegancia. Lo que Europa demanda a América es ¡aun! la especie. Esa es la exigencia de la mayoría; pero existe ya una minoría que nos conoce, que se esfuerza en ello, que nos estima y quiere. Y sólo esa minoría es la que puede interesarnos. (El año pasado, cuando estuve algunas semanas en México ¿qué cansancio sentí por el aprecio elemental de que gozan, en cierto medio, las artes populares! Varias veces he hecho el elogio de ellas y me siguen pareciendo admirables en lo que son. Y nada más. El resto es pésima literatura: zarape, china poblana, cacharros... La tontería está maculando su transparencia. Hay que glorificar sus corifeos con estatuas ecuestres, sobre mulitas de los corpus...) Aristocracia de Landívar. La materia misma de todo poema es intelectual y, por lo tanto, incorruptible. Aristocracia de Landívar; pero las palabras envejecen, las formas también, los sujetos se vuelven opacos...

Dar una opinión sobre otro es como darla sobre nosotros mismos: nos situamos. Yo quiero a Landívar yendo a contra-corriente en su gran obra fluvial. Volveré a leerle después de éstas notas y me dará placer y enojo. Mi entusiasmo es intermitente, pero no dude del poeta. Quisiera... Tomo en cuenta—y no es excusa—que el género de poema que es la Rusticatio es de los más expuestos a la incontinencia realista. Abro el libro al azar y siempre encuentro la misma maestría, el dibujo preciso, justo, firme... Los versos van rayando la inteligencia con línea segura, pero uniforme. La longitud considerable del poema aumenta el relieve de ésta sensación: monotonía realista, de paisaje directo, de verso con propósito. Etapa de la poesía en que sólo anda—diría Alfonso Reyes—y ahora ya sólo queremos la que vuela. En parte, asunto de época. Los fragmentos de poesía que vuela—de poesía—son los que nos incitan de nuevo a leer. Los oasis. Gran parte del poema es tema para tratarse en prosa. En verso sólo se escribe lo que desborda de la prosa, lo que no puede ser en ella.

La obra de Landívar mantiene su equilibrio por su magnífica retórica. El culteranismo de Landívar es el de su época.

Culteranismo barroco al final de la siempre recomenzada y sin fin marejada de Góngora. Culteranismo del siglo esa pureza de la columna desnuda, segura de sí misma, sosteniendo un techo de gusto difícil y cansado que parece sólo esforzarse en probar su armonía. En lo muy moderno de su siglo cuando está como velado o ausente el ejemplo retórico, es cuando el paisaje de Landívar se ilumina y canta. El gongorismo no es sólo una cuestión retórica, como han pensado críticos someros o bisonños, sino que es definida y pura posición estética. El equilibrio de la obra mantenido por su retórica es secundario para nosotros. Lo que nos interesa es la frecuencia de los relámpagos poéticos. Esa es la vida, la razón de ser del poema. La poesía pura no existe. Es un ideal que nos sirve de blanco, un ideal para luchar toda la vida con el afán de aproximarnos a él. A lo largo de un poema hay momentos en que percibimos, en que sentimos la vecindad inefable de ese ideal: culminaciones del verbo más allá de la razón y de todo propósito, momento divino en sí de manera perfecta, gratuita... La Divina Comedia es muy rica en esos momentos mágicos. Momentos de la flor, de la espuma en la cúspide de la ola, mar afirmándose con reiteración vibrante. La limitación de la frecuencia de esos instantes es la causa principal de mi cansancio. Su transparencia le defiende con porfía: Landívar es diáfano, es límpido a lo largo de su ejercicio lírico. Y hasta la prolongada diafanidad nos cansa... Los gustos, los ideales de una época transforman en obras incoloras obras que fueron celebradas. Gran parte de la materia de la obra de Landívar nos desanima. Sin su perfección no habría vuelto a él, ni volvería. Podría decir exagerando sobre la Rusticatio lo que siento, sin exagerar, ante un cuadro religioso: ya casi no lo entiendo. ¿Cómo voy a comprenderlo cuando la cruz es algo para mí perfectamente lejano y negativo? Los que gozaron con obras semejantes han desaparecido, están desapareciendo... En la mayoría es pereza, ignorancia y rutina. En nosotros ya no suscitan las mismas emociones que de seguro suscitaron en lector refinado de hace años. El hecho de que actualmente no estén convencidos de ésta afirmación sino muy pocos, no impide que consideremos artesanos a los que miran el arte como simple sport de la inteligencia, y sus obras, construidas con dificultad y esfuerzo, no resisten a la reflexión determinada de la época.

Algo de lo dicho aquí quería decirte y algo habría deseado callar en esta tarde del 27 de octubre de 1931 en que te he recordado con afecto vehemente, gran Rafael Landívar,—triple paisano mío,—quisiera decirte lo que está pensando esa última rosa del año, quisiera que la rosa te dijera lo que yo no te dije...

L. Cardoza y Aragón

Paris, 1931.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades